



### RASGOS IRRENUNCIABLES DEL CRISTIANO HOY

Felicísimo Martínez Diez, O.P.

Nota biográfica:

*Cursillo dictado por el profesor Felísimo Martínez O.P., en nuestra parroquia; octubre-diciembre 2002. El P. Felicísimo Martínez Diez nació en Prioro (León) en 1943. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Teología por la Universidad de Santo Tomás de Roma es profesor del Instirtuto de Pastoral (Madrid). Ha dictado cursos y conferencias en Europa y América Latina. Ha publicado artículos de investigación y divulgación en el área teológica y pastoral en diferentes revistas e igualmente tiene una extensa publicación de obras tanto en el campo de la investigación como en la divulgación sobre vida religiosa, evangelización, justicia y paz, etc..*

Hace unos años murió en Madrid un profesor de Biblia. Había estudiado en Salamanca, Roma y Jerusalén. Sabía griego, hebreo y otras lenguas orientales. Era un profesor muy reconocido y había escrito muchos libros de gran valor. Días antes de morir, un hermano suyo, sacerdote, le preguntó si quería expresar algún último deseo. Él contestó: "Me gustaría ser enterrado en mi pueblo, junto a mamá, porque después de tanto andar por el mundo, de tanto estudiar la Biblia, de tanto escribir libros... en esta hora de la verdad me quedo con el catecismo que me enseñó mi madre. Allí está lo esencial de mi fe cristiana".

Así es. Al final quizá todos nos damos cuenta de que lo esencial es lo que aprendimos en la catequesis de la infancia. Aquello nos ha permitido atravesar el océano de la vida. Y, por eso, a medida que se acerca el final casi todos sentimos una fuerte necesidad de regresar al punto de partida, a los orígenes, a las raíces... al fuego del hogar, para encontramos de nuevo con lo esencial, con lo irrenunciable.

Los organizadores de estas conferencias me pidieron que desarrollara el siguiente tema: Rasgos irrenunciables del cristiano hoy. Comenzaré haciendo algunas observaciones sobre la importancia de buscar lo esencial de la vida cristiana, para, luego desarrollar los rasgos irrenunciables del cristiano hoy.

#### **1. La importancia de buscar lo esencial de la vida cristiana.-**

Hasta la televisión nos invita a veces a buscar lo esencial y abandonar lo superfluo. Creo que hay en los últimos tiempos un anuncio que suena más o menos así: "Olvídate de lo accesorio, y quédate con lo necesario". Por supuesto, el anuncio no pretende vender ningún producto religioso. Lo que quiere vender creo que es un nuevo modelo de coche. No creo yo que este artículo sea tan esencial y necesario como la televisión quiere demostramos. Quizá no pase de ser cómodo y hasta conveniente. Pero el lema podía ser aplicado a la vida cristiana. "Olvídate de lo accidental, y busca lo necesario, lo esencial, lo irrenunciable para ser cristiano hoy".



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

A pesar de que la religión parece estar en horas bajas, hoy se discute y se escribe mucho sobre religión. Hasta los no creyentes y los agnósticos se ocupan del tema. Hace poco leía yo una novela de Saramago, quien se declara agnóstico. El título es "Evangelio según Jesucristo". Algo debe andar buscando la humanidad cuando abundan tanto los debates y las publicaciones sobre problemas de religión.

Y llaman la atención dos hechos. El primero es que entre los libros más recientes sobre la religión cristiana abundan los catecismos. Incluso se ha publicado no hace muchos años de forma oficial el "Catecismo de la Iglesia Católica". Y sucede esto cuando parecía que ya habíamos desterrado y olvidado los famosos catecismos de Astete y Ripalda, en los que la mayoría de nosotros estudiamos la doctrina cristiana, para aprobar aquella catequesis de infancia para la primera comunión.

Como todos saben muy bien, un catecismo es un libro que pretende ofrecernos los artículos fundamentales de la fe cristiana y las obligaciones irrenunciables de la vida cristiana. No todos con el mismo acierto, por supuesto. La abundancia de catecismos indica que andamos necesitados de esa vuelta a lo esencial de la fe y de la vida cristiana.

Un segundo hecho llama la atención. Los títulos de varios libros recientes sobre la religión cristiana hacen referencia a la búsqueda de lo esencial. Suenan así: "La esencia del cristianismo" (H. Kung), "La entraña del cristianismo" (O. González de Cardedal), "El problema de ser cristiano" (P. Lain Entralgo), "¿Quién es cristiano?" (H. Urs von Balthasar)... Este último título señala bien una inquietud fundamental de la comunidad cristiana hoy. ¿Quién es cristiano? Es como si necesitáramos urgentemente volver a contestamos a la pregunta más elemental: ¿quién es cristiano?; ¿en qué consiste ser cristiano?; ¿cuáles son los rasgos esenciales e irrenunciables de una persona que se dice cristiana?

Las preguntas parecen, a primera vista, de fácil respuesta. Y, sin embargo, aparecen con frecuencia por todas partes. ¿Por qué? ¿A qué obedece esta tendencia o esta necesidad de buscar de nuevo los rasgos esenciales de la vida cristiana?

Me van a perdonar que tenga el atrevimiento de comparar la vida cristiana con ese famoso juego de cartas que se llama "las siete y media". En él no gana el que no llega, pero tampoco el que se pasa.

Espero que no interpreten esta comparación como un irrespeto a la vida cristiana. Esta no es un juego de azar; es algo mucho más serio. En ella nos jugamos asuntos tan importantes para los creyentes como son la felicidad propia y ajena, la salvación, la realización plena, la verdadera libertad, la convivencia fraterna, el amor, la justicia... y otros muchos valores evangélicos y humanos. Ser cristiano no es un juego de azar, como el de las cartas. Es una vocación, una forma de ser hombre o mujer al estilo de Jesús, conforme a las exigencias que se nos presentan en el Evangelio. Es una forma de vivir la vida intentando ajustaría a la voluntad de Dios.

Si utilizo esta imagen tan banal del juego de las "siete y media", es porque creo que nos ayuda a comprender la importancia de buscar los rasgos esenciales de la vida cristiana. En ese juego no gana ni el que se pasa ni el que no llega. En la vida tampoco es plenamente cristiano el que se pasa, ni el que no llega.

Lo de pasarse es, si cabe, más difícil de aceptar, porque pareciera que nunca somos suficientemente cristianos. Efectivamente, ¿quién puede preciarse de haberse pasado en la fe, en la esperanza y en la caridad? ¿Quién puede presumir de haber perdonado a los enemigos más de la cuenta? ¿Quién puede presumir de haber sido exageradamente justo,



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

misericordioso, solidario, compasivo? En todas estas virtudes y actitudes tan esenciales al cristianismo no es frecuente pecar por exceso o pasarse.

Pero las cosas no son tan sencillas. Podemos caer en ciertas exageraciones que hacen mucho daño a los creyentes que se pasan y que desacreditan la vida cristiana ante propios y extraños. Podemos dar una importancia exagerada a ciertas creencias y prácticas que son secundarias en la vida cristiana y olvidar otras que son absolutamente irrenunciables para ser cristiano. Es aquello de "tragarse el elefante y colar el mosquito": "Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!" (Mt 23, 23-24).

Por poner algunos ejemplos: considerar imprescindible la novena anual de X santo y prescindir de la participación en la eucaristía; cuidar exageradamente la recitación de determinadas oraciones y olvidarse de la oración personal; valorar cualquier devocionario y desconocer la Biblia; cuidar obsesivamente el ayuno y la abstinencia y olvidar el perdón y la misericordia; considerar una obligación grave no asistir a la procesión del santo patrono y no dar importancia a la justicia y a la honestidad en los negocios...

Igualmente, podemos dar gran importancia a infinidad de creencias secundarias y olvidar las verdades fundamentales del credo cristiano. Hay muchas personas que gustan discutir sobre el celibato de los curas y las riquezas de los museos vaticanos, pero se interesan poco conocer de verdad el Evangelio de Jesús y ponerlo en práctica en su vida. Hay cristianos que creen a pies juntillas en la reencarnación, pero no creen en la resurrección de Jesucristo y en la vida del mundo futuro. Hay personas que creen en el horóscopo, y apenas creen en un Dios providente que conduce misteriosamente nuestras vidas. Hay personas que creen ciegamente en los milagros de los santos, pero apenas creen en el misterio de la salvación que ha tenido lugar en la cruz de Cristo. Hay personas que creen en toda clase de espíritus, buenos y malos, y apenas creen en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida... Así podíamos continuar enumerando creencias que son secundarias para la vida cristiana, algunas incluso falsas, y que no van acompañadas del credo fundamental cristiano, e incluso a veces lo entorpecen.

Ustedes, igual que yo, probablemente han criticado o han oído criticar a algunos cristianos por ser demasiado fanáticos, o, lo por ser lo que hoy llamaríamos fundamentalistas. Estas conductas desacreditan la fe cristiana, precisamente porque no ponen el acento en las creencias y en las prácticas esenciales de la vida cristiana, sino en creencias y prácticas cuando menos secundarias. A veces son críticas infundadas y exageradas, pero otras veces obedecen a una notable falsificación de la vida cristiana. Suelen ser cristianos que "se pasan" en las creencias y en las prácticas piadosas.

Decir que muchas de esas prácticas y creencias religiosas son accidentales, no quiere decir que no tengan valor. Algunas de ellas, al menos, ayudan a arropar lo esencial de la vida cristiana, pero también puede empañarlo, ocultarlo, desplazarlo del centro de la vida cristiana. El evangelio acaba de ofrecernos una advertencia muy prudente: "Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello" (Mt 23, 23). Por eso es tan importante en la vida distinguir lo esencial y lo accidental, lo necesario y lo accesorio, para ir derechos a las creencias y prácticas esenciales de la religión cristiana. Para



cocinar, lo necesario y esencial es el calor. Es accidental y accesorio que se cocine con leña, con butano o con una vitrocerámica, aunque no deja de tener su importancia.

Y hoy hay también cristianos que no llegan, o mejor dicho, personas que pretenden ser cristianos olvidando algunas creencias y práctica esenciales de la vida cristiana. ¿Se puede ser cristiano sin creer en Jesucristo? ¿Se puede ser cristiano sin algún tipo de incorporación a la Iglesia? ¿Se puede ser cristiano sin alguna forma de oración y sin ninguna participación en el culto cristiano? ¿Se puede ser cristiano sin la práctica de la caridad y la misericordia, de la justicia y la solidaridad con los necesitados, del perdón a los enemigos y la reconciliación?

Estas cuatro preguntas se refieren a cuatro áreas o aspectos esenciales de la vida cristiana. Por eso, vamos a centrar en ellas nuestra reflexión sobre los rasgos irrenunciables del cristiano hoy.

### **2. La experiencia de fe y la confesión de la fe cristiana.-**

El rasgo más esencial y característico del cristiano hoy y siempre es la fe cristiana. Esta es su señal de identidad, la fuente y la base de todos los demás rasgos de la vida cristiana. Si falta la fe cristiana, hasta los ritos más sagrados y las prácticas más justas y solidarias dejan de ser cristianas. Lo cual no quiere decir que la justicia y la solidaridad dejen de tener valor, aunque no estén inspiradas por la fe cristiana.

La fe cristiana es la fe en Jesucristo y en todo lo que él nos ha revelado del misterio de Dios y del hombre. Es la fe en Jesucristo y en la obra de salvación que él ha realizado. "Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo".

Creer cristianamente hoy es creer en Jesucristo. Por eso, el autor de Hebreos invita a la comunidad a mantener "los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe" (Hb. 12, 2). Y es creer al estilo de Jesús, que es el modelo de todo creyente.

La fe cristiana tiene doble dimensión. Es una experiencia personal de confianza en Jesucristo y en el Dios Padre que se nos ha revelado en Jesucristo. Y es también la aceptación y la creencia en las verdades fundamentales del credo cristiano.

La fe como experiencia personal de confianza en el Dios que se nos ha revelado en Jesucristo es la experiencia más característica y esencial de la vida cristiana. Es el rasgo irrenunciable de todo cristiano. Si falta esa experiencia de fe como confianza, nuestra vida cristiana carece de fundamento. El Jesús de los evangelios es un modelo singular de esta experiencia de fe, de la confianza en su Padre.

¿Cuáles son los rasgos específicos y esenciales de la fe de Jesús? ¿Cómo creer cristianamente hoy al estilo de Jesús?

En primer lugar, Jesús es un creyente en medio de la oscuridad y animado por el Espíritu, que le conduce en la búsqueda. Inmerso de lleno en la condición humana, Jesús comparte la tarea de todo caminante: la tarea de la búsqueda. Los evangelios no lo presentan como un visionario, rodeado de claridades. Su itinerario conoce etapas de búsqueda y clarificación, momentos de crisis que le exigen un ejercicio de fe, de confianza en el Padre. Su misión se le va revelando a lo largo de su vida. Los caminos de la llegada del Reino que él anuncia se le desvelan a veces no sin sorpresa. El aparente fracaso humano que supone su muerte inminente, postulan de él un ejercicio de confianza en el Padre en medio de la oscuridad y la búsqueda.

Creer cristianamente hoy al estilo de Jesús significa creer desde el fondo, desde la entraña de la historia humana personal y colectiva. Esta historia está llena de



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

intervenciones de Dios en nuestras vidas, pero también está plagada de agujeros negros. Por eso, muchas veces tenemos que caminar en con la oscuridad de la fe, no con la claridad de la visión. Así se debe entender aquella famosa definición de la fe que todos aprendimos en la catequesis de infancia: "¿Qué es la fe? Creer lo que no vimos". Es creer desde muchas noches oscuras, en las que faltan las seguridades humanas. Cuanto hay garantías humanas, no es necesaria la fe. Como afirma San Juan de la Cruz, "todo aquel que crea en el Dios escondido, tendrá que buscarlo durante toda su vida". Creer cristianamente hoy significa vencer las tentaciones de fundamentalismo que acosan a las religiones y a las Iglesias.

En segundo lugar, la fe de Jesús se traduce en una profunda confianza en el Padre. Jesús vive en continua intimidad con su Padre, cultivada unas veces en la oración solitaria y no pocas en la convivencia compasiva con la humanidad. El evangelio de Juan resalta de forma excelente esta intimidad de Jesús con su Padre. Unas veces le brota la alabanza al Padre desde la experiencia gozosa de un Dios que se revela gratuitamente a los pequeños y sencillos. Otras veces tiene que ejercitar la confianza en su Padre desde lo más hondo de su drama humano, como se advierte en el drama de Getsemaní. Jesús experimentó la tentación de los falsos mesianismos, el conflicto y hasta el abandono de Dios. Animado por su fe-confianza, Jesús deja actuar a Dios. Como creyente, Jesús deja a su Padre actuar libre y soberanamente, incluso cuando los acontecimientos parecen ser contrarios a los deseos y las expectativas de Jesús.

Creer hoy cristianamente al estilo de Jesús significa recuperar la dimensión mística y contemplativa de la existencia cristiana. Las últimas décadas de secularización han purificado no pocos malentendidos en tomo a la oración, la contemplación y la mística. Pero también han debilitado esta esencial dimensión de la experiencia cristiana. En medio de los conflictos de la vida, el cristiano debe ejercitarse en la intimidad y en el encuentro con el Dios-Padre de Jesús, debe dejarse guiar por el Espíritu que nos enseña a orar y nos hace gritar "Abba". Por eso se insiste hoy en la necesidad de ser contemplativos desde la acción y desde el compromiso liberador. Las nuevas experiencias de oración, de contemplación, de gratuidad... pueden favorecer esta fe al estilo de Jesús.

En tercer lugar, la fe de Jesús es una fe que resiste y se mantiene firme en la tentación, en la pasión y en el fracaso humano, cuando todos los signos parecen indicar que Dios se oculta y se ausenta. La escena de Getsemaní manifiesta todo el dramatismo de esta lucha o esta agonía "Padre, si es posible que pase de mi este cáliz" (Mt 26, 39). Y la escena de la cruz expresa la mayor prueba para Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15, 34). Este grito en la cruz es la suprema prueba para la fe de Jesús. La fe es creer en el poder de Dios, cuando todas las posibilidades humanas se agotan. El autor de Hebreos describe de forma magistral esta dimensión dramática o agónica de la fe de Jesús: "El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aún siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia..." (Hb 5, 7-8).

La cruz, expresión suprema del fracaso humano, fue la prueba definitiva para la fe de Jesús. Jesús espera la realización del Reino de Dios a pesar de su muerte e incluso a través de su muerte. Sólo la fe le permitió atravesar la prueba resistiendo en el conflicto,



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

perseverando hasta el final, ejercitándose en la paciencia activa. "Que no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Mt 26, 39). "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Le 23, 46).

El autor de Hebreos sitúa la perfección de la fe de Jesús en la paciencia activa y militante. Y exhorta a la comunidad cristiana a mantenerse firme en esa misma paciencia activa y militante: "Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado" (Hb 12, 3-4).

Crear cristianamente hoy al estilo de la fe de Jesús significa resistir firmes, mantenerse con una paciencia activa en medio de la prueba. El ejercicio de la fe cristiana reviste hoy la forma de una lucha contra las adversidades de la propia vida, y muchas veces también contra el ambiente cultural que nos rodea. La fe cristiana no goza hoy de especial reconocimiento y aplauso social. La cultura dominante no asimila fácilmente rasgos irrenunciables de la vida Cristiana, como son el amor, la justicia, la solidaridad, la preferencia por los pobres y excluidos, la gratuidad...

En medio de estos signos en contra, la fe de los cristianos debe imitar la fe de Jesús como resistencia firme y paciencia activa. Esta es la única fe como victoria, la fe que vence al mundo. "Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe" (1 Jn 5, 4). Por ejemplo, es preciso ejercitar la fe al estilo de Jesús para luchar contra el escándalo y la rabia que nos provoca el terrorismo, contra la injusticia que vemos extendida en tomo nuestro.

Incluso, es preciso ejercitar hoy la fe contra el escándalo que habita en la propia historia y en la propia vida de las Iglesias cristianas, en la vida de los mismos cristianos. Teólogos y maestros espirituales muy autorizados han insistido recientemente en un rasgo importante de la fe cristiana en la actualidad: creer cristianamente hoy implica asumir con honestidad el escándalo del pecado presente en la Iglesia.

Y creer cristianamente hoy al estilo de Jesús implica también mantener viva la esperanza en medio de tantos miedos que nos acosan hoy desde todos los frentes: el terrorismo, los terremotos y las catástrofes naturales, las guerras, el paro, las vacas locas... el anuncio del fin del mundo por parte de muchas sectas religiosas.

Para alimentar esta fe, los cristianos necesitamos recuperar momentos de silencio, de oración personal, de meditación de la Palabra de Dios, de contemplación de los grandes misterios que profesamos en el credo. Rezar las oraciones que hemos aprendido desde la infancia es importante, pero no es suficiente. Es preciso adentrarse en el ejercicio de la oración personal y de la meditación de la Palabra, para alimentar nuestra confianza en Dios en medio de un mundo tan complejo y convulso.

La otra dimensión de la fe cristiana se refiere a la aceptación y profesión de fe de las verdades que confesamos en el credo apostólico. Efectivamente, nuestra confianza está puesta no en un Dios creado al propio antojo, sino en el Dios que nos ha sido revelado en Jesucristo.

Crear cristianamente es creer que Jesús es el Cristo o creer en Jesucristo. Esto significa confesar que en él ha tenido lugar la revelación definitiva de Dios, y confesar al mismo tiempo que él es el mediador de la salvación definitiva.

Efectivamente, el núcleo de la fe cristiana hay que buscarlo en el encuentro de los primeros discípulos y discípulas con el Resucitado. Ese encuentro fue básicamente una



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

experiencia de fe cuyo núcleo afirmativo es el siguiente: Jesús está vivo. Dios lo ha resucitado, es el Cristo de Dios, es el Señor.

El núcleo de la fe cristiana pascual contiene dos afirmaciones fundamentales: En Jesucristo ha tenido lugar la revelación definitiva de Dios y su Reino; en Jesucristo ha tenido lugar la salvación definitiva de la humanidad.

Este núcleo de la fe cristiana es formulado en el primer anuncio del kerygma. "Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36. Cf. 5, 30; 10, 40...). "Dios le resucitó de entre los muertos... Y por la fe en su nombre, este mismo nombre ha restablecido a este que vosotros veis y conocéis..." (Hch 3, 15-16). "Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvamos" (Hch 4, 12). "A éste le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados" (Hch 5, 31).

Las primeras confesiones de fe de las comunidades cristianas, muchas de ellas nacidas en contexto litúrgico, confirman el mismo núcleo substancial de la fe cristiana. La más simple, de un sólo miembro, se limita a afirmar que "Jesús es el Señor". Pablo asocia esta confesión de fe con la acción del Espíritu y con la salvación. "Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo" (Rm 10, 9). "Nadie puede decir "Jesús es el Señor", sino con el Espíritu Santo" (1 Co 12, 3). Esta misma profesión de fe es más detallada por Pablo en otros lugares: "El Mesías murió por nuestros pecados como lo anunciaban las escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día, como lo anunciaban las Escrituras" (1 Co 15, 3s.)

Otras confesiones de fe incluyen dos miembros, el Padre y el Hijo:

"Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un sólo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros" (1 Co 8, 6).

Otras, finalmente, son trimembres: "La buena noticia de Dios se refiere a su Hijo, que, por línea carnal, nació de la estirpe de David y, por línea del Espíritu santificador, fue constituido como Hijo de Dios en plena fuerza por su resurrección de la muerte, Jesús el Mesías, señor nuestro" (Rm 1, 1-4).

La comunidad eclesial formuló estas confesiones de fe en los diferentes símbolos de la fe apostólica. "Creo en Dios Padre... Creo en Jesucristo, su único Hijo nuestro Señor... Creo en el Espíritu Santo". Los símbolos apostólicos son un intento de resumir el núcleo substancial de la fe cristiana, aquello que constituye la entraña de nuestra fe, aquellos contenidos que son esenciales para creer cristianamente ayer, hoy y siempre.

Confesar que en Cristo ha tenido lugar la revelación definitiva de Dios plantea hoy severos problemas, sobre todo, a la teología de las religiones.

En primer lugar, ¿cómo compaginar la revelación definitiva de Dios en Cristo con tantas y tan fecundas tradiciones religiosas a lo largo y ancho de la historia humana?; ¿cómo compaginar esa revelación definitiva en Cristo con un mundo en el que son tantos y tan dispares los rostros de Dios e incluso son tantos los humanos que no han descubierto ningún rostro de Dios?.

El hecho de la multiplicidad de religiones y la pluralidad de rostros de Dios, no podemos achacarlo a la simple ceguera humana de los no cristianos para reconocer al Dios de Jesús. Ni siquiera está toda la explicación en las deficiencias de la evangelización. En las diferentes tradiciones religiosas hay hondas experiencias del Absoluto, aperturas a la



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

trascendencia, revelaciones de Dios que tienen consistencia en sí mismas. La fe cristiana no nos erige en jueces de esas experiencias y esas revelaciones, sino en compañeros de camino en la búsqueda del único Dios y en el camino hacia el encuentro definitivo con él. Más bien debemos alegrarnos de que existan esas búsquedas y esos caminos más allá de las fronteras de la comunidad cristiana. Aquí vuelve a ser iluminadora la reacción de Moisés antes quienes, llenos de celotipia, querían monopolizar el carisma de la profecía. Él reaccionó con firmeza y amplitud: "¡Quién me diera que todo el pueblo de Yahvéh profetizara porque Yahvéh les daba su espíritu!" (Nml 1,29).

El problema se toma verdaderamente agudo para muchos cristianos cuando constatan que también hay experiencias de Dios, hondas y válidas, en otras tradiciones religiosas. Esta constatación somete a crisis profunda su propia fe cristiana. Cuando esa simple constatación siembra el pánico, la inseguridad, la desconfianza frente a la propia fe cristiana. Cuando ese simple hecho siembra la duda sobre la validez de la revelación del rostro de Dios que se nos ha dado en Jesús de Nazaret, el Cristo. Estas reacciones son indicativas de una fe débil o falsamente fundamentada. El diálogo interreligioso no se acrecienta a base de ocultar la propia identidad creyente, no se sostiene a base de un falso irenismo o relativismo. Se alimenta más bien de la puesta en común de las diferentes experiencias religiosas y de una actitud sostenida de escucha humilde, de palabra honesta y de testimonio coherente.

Por otra parte, la comunidad cristiana debe ser muy consciente de que aunque confesamos que la revelación de Dios ha sido definitiva en Cristo, no lo es aún en nosotros, cuyos ojos siguen aún embotados y entenebrecidos para ver ese rostro luminoso. Aún no sabemos cómo será ese rostro cuando se nos revele cara a cara, en visión. Esa será en verdad la revelación definitiva, aunque en nuestro caminar hacia ella la revelación de Dios en Cristo debe ser norma y medida irrenunciable. Conscientes de estas nuestras limitaciones, podemos y debemos juntar la firmeza de nuestra fe con la humildad de los verdaderos buscadores de Dios. Son condiciones de posibilidad para todo auténtico diálogo interreligioso.

La tarea que compete a los cristianos no es polemizar con las demás religiones, sino indagar y depurar el aporte específico de la fe cristiana al diálogo interreligioso. Este sólo es tal cuando se coloca sobre la mesa la identidad de cada uno de los credos, en nuestro caso el credo cristiano. La pregunta de la apologética clásica rezaba así: ¿Cuál es la verdadera religión y cuáles son las religiones falsas? Ha llegado el momento de traducirla en una nueva pregunta más apropiada: ¿Qué hay de verdadero y de salvífico en cada una de las religiones?. Sólo esta segunda pregunta deja abiertas las puertas a actitudes ecuménicas y al diálogo interreligioso. Planteado así el problema, la revelación presente en las demás religiones no desautoriza la propia fe cristiana. En segundo lugar, a la fe cristiana se le presenta hoy otra pregunta severa: ¿cómo confesar esa salvación definitiva en Cristo teniendo ante nuestros ojos un mundo tan irredento?

No es este el momento de desarrollar los signos de irredención, que constituyen un verdadero escándalo para la fe cristiana. Pero hay hechos gruesos que saltan a la vista: el sinsentido en las sociedades del bienestar; la injusticia a escala mundial con sus constelaciones de pobreza, exclusión y discriminación; la violación sistemática de los derechos humanos y los conflictos sostenidos a costa de genocidios y aniquilación de las víctimas;





## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

la agresión sistemática al ecosistema que pone en peligro el futuro de la humanidad... Como casi siempre, los signos más escandalosos de irredención suelen ser los sufrimientos de los inocentes. ¿Qué significa, en este contexto, creer en Cristo como aquel en quien ha tenido lugar la salvación definitiva? ¿No será ésta para la comunidad cristiana la nueva versión del eterno escándalo del mal? ¿No es de nuevo la cruz el verdadero drama de la fe cristiana?

Ante estos interrogantes, hoy al creyente sólo le queda seguir creyendo en silencio contra toda evidencia, y seguir luchando por la causa del Reino, contra toda garantía humana, "fijos los ojos en Jesús el que inicia y consume nuestra fe". El mundo secular comienza hoy a tomar conciencia de que vivimos en una sociedad que tiene demasiada técnica y escasa ética. Nos faltan recursos éticos para enfrentar las posibilidades tecnológicas que el desarrollo nos ha ido proporcionando. El mundo cristiano constata, por su parte, que quizá tiene demasiada ética y escasa fe. Nos faltan recursos místicos para emprender y sostener la ética de las bienaventuranzas o las prácticas del Reino de Dios. Nos falta mística para tanta política. Por eso, el mundo secular y el mismo mundo cristiano ralentizan la salvación.

También aquí hay que virar la mirada hacia la escatología. La universalidad del Jesús histórico sólo se realizó en el sufrimiento; la universalidad plena se realizó en Cristo Resucitado. Lo que sucedió en él es promesa de lo que ha de suceder en nosotros y en toda la humanidad. Así lo creemos. Aún no sabemos cómo será esa salvación, "cuando Cristo sea todo en todas las cosas". Como afirma E. Schillebeekx, la fe en la resurrección es aún profecía y promesa, indefensa, débil y vulnerable. Pero estamos seguros de que esta historia se encamina hacia la plenitud del amor, la reconciliación, la justicia, la paz y la solidaridad...

Y aquí sí es necesario hacer un ejercicio de vuelta a lo esencial de la fe cristiana. No debemos perdernos por las ramas, discutiendo o fantaseando sobre cómo serán el cielo o el infierno, o el limbo o el purgatorio, cómo serán los ángeles buenos y los malos, si resucitaremos jóvenes o viejos, cuáles santos son más milagrosos, etc... (Y no digamos si nuestra fe cristiana depende de nuestras discusiones sobre el Papa, los obispos, los curas... o el párroco de turno) Todas esas cuestiones no son ningún atajo para llegar a Dios; con frecuencia sólo son un desvío y lo único que consiguen es que nos perdamos en el bosque de las curiosidades.

Todas estas cuestiones sólo tienen sentido después de centrar nuestra fe en los misterios fundamentales del credo cristiano. Veinte siglos de cristianismo han echado mucho polvo y mucha escoria sobre el retablo del credo apostólico. Hasta el punto que a veces cualquier creencia dudosa, o por lo menos accidental, ha tomado el puesto de las verdades esenciales del credo cristiano. Aquí se nos hace hoy urgente a los cristianos una tarea de restauración de ese retablo de nuestra fe. En los retablos buenos, los ángeles suelen estar por los aleros, no en los paneles del centro. Estos suelen reservarse a la Trinidad, a Dios Padre, a Jesucristo, al Espíritu Santo. Hay que volver a lo esencial de nuestra fe.

Y lo esencial de nuestra fe está concentrado en el credo apostólico. Para el cristiano de hoy y de siempre es irrenunciable creer en el Dios de Jesús que es Padre misericordioso, creador de este mundo que es nuestra casa, y que se ocupa amorosamente de conducir la vida de todos nosotros, con frecuencia sin que nosotros lleguemos a comprender y aceptar hacia dónde nos conduce su providencia. Es irrenunciable creer en Jesucristo, el



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

Hijo de Dios, nacido de María, que con su predicación y con su vida nos reveló el rostro amoroso de Dios que quiere que todos los hombres se salven, que murió por nosotros y fue resucitado por Dios como promesa de nuestra futura resurrección, y que volverá al final de los tiempos como juez benigno y salvador. Es irrenunciable creer en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que es el animador de la vida cristiana, el que construye lo que de evangélico hay en la Iglesia. Y es irrenunciable creer en la resurrección de los muertos y esperar confiadamente en la vida del mundo futuro, aunque no podamos comprender cómo serán esa resurrección y esa vida del mundo futuro.

Esta segunda dimensión de la fe, es decir: la profesión de fe en las verdades fundamentales del credo apostólico, aconseja y exige de los cristianos una formación permanente para un mejor conocimiento del mensaje cristiano. No podemos vivir una fe adulta con el catecismo de primera comunión. Parte de nuestro compromiso para un crecimiento en la fe y en la vida cristiana es el estudio permanente de la Biblia, la incorporación a grupos de catequesis de adultos, la formación permanente para un mejor conocimiento de las verdades de fe que profesamos.

### **3. La profesión de fe cristiana y la incorporación a la Iglesia.-**

En algunos templos y catedrales de Italia el baptisterio está fuera del templo, cerca de la entrada. En muchos de nuestros templos la pila bautismal se encontraba dentro del templo, pero relativamente cerca de la puerta. (En algunos templos más modernos se encuentra junto al altar, donde se celebra la eucaristía que es la culminación de los sacramentos de la iniciación cristiana). Es un símbolo indicativo de que el bautismo cristiano implica el ingreso en la comunidad cristiana. El ingreso por la puerta del templo es un símbolo del ingreso en la Iglesia como comunidad de los cristianos, de los seguidores de Jesús.

Hay otro detalle de la liturgia o del culto cristiano que apunta en la misma dirección. Recuerdan que hace unos años recitábamos el credo en primera persona plural: creemos en un solo Dios... Recientemente se cambió la fórmula y lo recitamos en primera persona del singular: creo en un solo Dios Padre... Ambas fórmulas son válidas. El singular quiere destacar la dimensión personal de la fe. El plural quiere destacar la dimensión comunitaria o eclesial de la fe.

Los dos detalles concuerdan en un rasgo irrenunciable para ser cristiano. El ser cristiano implica el ingreso y la pertenencia a la Iglesia. Esto significa que nuestra fe y nuestra práctica cristiana deben ser vividas comunitariamente.

Este rasgo resulta hoy difícil para muchas personas que se dicen cristianas. Hasta tal punto que muchas de estas personas se adhieren a un lema hoy muy repetido: Cristo sí. Iglesia no.

Las razones de esta resistencia a aceptar la Iglesia o a vivir la vida cristiana comunitariamente son varias.

En primer lugar hay muchos prejuicios y malentendidos con respecto a la Iglesia. Algunos cristianos asocian la Iglesia sencillamente con ese espacio físico que es el templo. La Iglesia no es un lugar físico, es una comunidad. Otras veces la reducen al sector de la Iglesia compuesto por la jerarquía y el clero, papa, obispos, curas, monjas. La Iglesia no es sólo el clero; está compuesta por todos los creyentes y seguidores de Jesucristo. Y para muchas personas que se consideran cristianas la Iglesia es simplemente una institución poderosa, que funciona como cualquier institución social o



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

política, y no precisamente con criterios evangélicos. La Iglesia tiene mucho de humano en su organización; pero es, sobre todo, obra del Espíritu, a pesar de todas sus limitaciones humanas e incluso de sus infidelidades. Estos prejuicios han alejado a muchos cristiano de la Iglesia. Es preciso deshacer todos estos prejuicios y estos malentendidos para comprender que la pertenencia y la participación activa en la Iglesia es rasgo irrenunciable del cristiano.

En segundo lugar, nos faltan plataformas y experiencias concretas que nos hagan ver de forma práctica en qué consiste de verdad la pertenencia y la participación activa en la Iglesia.

Las parroquias de nuestros pueblos y aldeas todavía tenían sabor a comunidad. Los fieles se conocían y compartían la vida de cada día, también la vida de fe. Por eso, la parroquia era un punto de referencia para todos los creyentes. Incluso muchos de los templos tienen unos soportales o pórticos en los que se discutía y se decidían los asuntos más importantes del pueblo. Había un acompañamiento permanente de los fieles de las parroquias en los momentos más significativos de su vida: nacimiento y bautismo, primeras comuniones, matrimonio, enfermedad, muerte... Con todos los inconvenientes del pequeño pueblo, en realidad la parroquia era verdaderamente una comunidad, una experiencia concreta de Iglesia. A través de esta experiencia los creyentes sabían bien qué significaba pertenecer a la Iglesia y participar activamente en la comunidad cristiana. Las parroquias de la gran ciudad han cambiado mucho. No es fácil equipararlas a una comunidad. Aún aquellas personas que participan en la práctica cultural de forma habitual, lo hacen con una buena dosis de individualismo, pues apenas se conocen los fieles de la parroquia. Apenas se fomentan las relaciones personales. La parroquia es para muchos de los fieles poco más que un espacio físico en el que coinciden a las mismas horas con otros fieles, para participar en las mismas prácticas religiosas, o una oficina a la que se acude para reclamar ciertos servicios. Pero, la vida apenas es compartida. Cada uno tiene que bandeárselas como puede con sus propios problemas. Este modelo de parroquia no consigue mostrar de forma práctica en qué consiste pertenecer a la Iglesia y participar en la vida de la Iglesia.

En tercer lugar, en la cultura contemporánea se han debilitado los llamados grupos primarios o las experiencias comunitarias, y ha crecido el individualismo, como fruto amargo de una mala interpretación de la autonomía y de la libertad. Por eso muchas personas que se consideran sinceramente creyentes no sienten la necesidad de vivir su fe y su vida cristiana en el interior o en relación con la Iglesia. Simplemente prescinden de ella. Se alejan de toda participación en la oración y en el culto de la comunidad cristiana; se ausentan de la práctica religiosa habitual; no sienten la necesidad de prestar atención a la enseñanza oficial de los pastores.... En una palabra, no creen que la Iglesia les sea necesaria en absoluto para mantener su fe y vivir su vida cristiana.

Todos estos hechos explican, en parte, el alejamiento creciente de muchos cristianos con respecto a la Iglesia. Y, sin embargo, hay que seguir afirmando que la pertenencia y la participación activa en la Iglesia es un rasgo irrenunciable del cristiano hoy y siempre. ¿Qué implica y cómo podremos recuperar esta pertenencia y participación activa de los cristianos en la vida eclesial?

En primer lugar, es preciso recordar que el momento de ingreso en la comunidad eclesial es el bautismo. Por el hecho de estar bautizados somos ya miembros de la Iglesia. Esta está compuesta por todos aquellos que confesamos "un solo Señor, un solo bautismo, un



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

solo Dios y Padre" (Ef. 4, 5). Pero es preciso tomar conciencia de este significado del bautismo, conciencia que es muy débil en muchos bautizados. La mayoría de los cristianos hemos sido bautizados en los primeros días o meses de nuestra vida. Si a lo largo de la vida no tiene lugar una catequesis, una iniciación en la vida cristiana, una participación en la vida de la comunidad cristiana... esa conciencia se reduce a su mínima expresión. Y este es el caso de la mayoría de los bautizados.

En segundo lugar, muchos bautizados nunca han tenido la oportunidad de vivir su fe cristiana comunitariamente o no han buscado esa oportunidad. O bien se han distanciado totalmente de la práctica religiosa o bien no han encontrado una comunidad cristiana apropiada para compartir su fe y su vida cristiana con otros creyentes. La práctica religiosa ocasional en una parroquia masiva es importante, pero no es suficiente. Y entonces, pese a estar bautizados, tampoco consiguen convencerse de que la fe cristiana es esencialmente una fe eclesial o comunitaria. Consideran que se puede ser cristiano al margen de la Iglesia o con un contacto muy esporádico con ella.

Esta situación no es nada favorable para hacer conciencia de lo que significa la vivencia eclesial y comunitaria de la fe y de la vida cristiana. Esta dimensión comunitaria o eclesial de la vida cristiana implica varias prácticas esenciales: la oración compartida con otros creyentes, la confesión comunitaria de la fe, el compartir la experiencia cristiana, escuchar juntos la Palabra de Dios y compartirla comunitariamente, formarse juntos para una fe cristiana adulta, practicar periódicamente la reconciliación comunitaria (una práctica casi olvidada o desconocida por la mayoría de los cristianos), participar en acciones y compromisos eclesiales en relación con la caridad, la justicia, los derechos humanos... Estas son las verdaderas prácticas que hacen que nuestra fe sea eclesial y comunitaria. Si éstas práctica faltan, falta un rasgo irrenunciable de nuestra vida cristiana.

Esta situación sólo puede enfrentarse eficazmente promoviendo la creación de comunidades cristianas. A través de estas comunidades es posible suplir las deficiencias que padecen las parroquias masivas y dinamizar la parroquia hasta convertirla de verdad en comunidad de comunidades. La promoción de estas comunidades es tarea prioritaria de los sacerdotes y responsables pastorales en las diócesis y parroquias. Pero también depende de la voluntad de los fieles para incorporarse a ellas. Todos debemos colaborar en esta importante tarea, si queremos que este rasgo irrenunciable del cristiano se haga realidad en la Iglesia del siglo XXI.

Existen ya numerosas y variadas comunidades cristianas de este tipo: comunidades carismáticas, comunidades neocatecumenales, comunidades cristianas campesinas, comunidades escolares, comunidades de catecumenado de adultos, comunidades cristianas juveniles... etc. Pero aún son minoría los cristianos que participan activamente en ellas. La mayoría de las personas que se dicen cristianas o bien están alejadas de la vida eclesial o simplemente limitan su experiencia eclesial a la práctica habitual en algunas actividades sociales y culturales de las parroquias.

El panorama de la vida cristiana cambiaría notablemente si la mayoría de los cristianos compartieran su fe y su vida en alguna comunidad cristiana. Probablemente cambiaríamos nuestra idea sobre la Iglesia, se eliminarían muchos prejuicios y malentendidos sobre la Iglesia, y llegaríamos a entender qué significa, en la práctica, tener "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre". Y, sobre todo, veríamos madurar y crecer nuestra fe y nuestra vida cristiana compartiendo la oración, la



formación cristiana, la celebración de la fe, la práctica de la reconciliación, el compromiso con la caridad, la justicia, los derechos humanos... Compartir todo esto es lo que significa de verdad la dimensión comunitaria y esencial de la fe y de la vida cristiana. Es una tarea grande que todos tenemos por delante, pero lo que es indudable es que se trata de un rasgo irrenunciable del cristiano hoy.

#### **4. La celebración de la fe y la participación en la liturgia de la Iglesia.-**

Cuando se analiza la práctica de los cristianos, casi siempre se hace referencia a prácticas religiosas: la oración, la asistencia a la eucaristía diaria o dominical, la participación en los sacramentos, o la participación en determinados actos religiosos como son romerías, procesiones, fiestas patronales...

Una primera observación que conviene tener en cuenta es que esas prácticas religiosas son importantes, pero no son toda la práctica de la vida cristiana, ni la principal. Si la oración, los sacramentos, las devociones, las procesiones y las romerías... no van acompañadas por la práctica de la caridad, la solidaridad, el perdón, la justicia, la ayuda a los necesitados... la oración y el culto perderían todo valor y sentido cristiano. "Misericordia quiero y no sacrificio" (Mt 9, 13; 12, 7) clamaron constantemente los profetas del Antiguo Testamento y luego Jesús, para defender al pueblo contra esta equivocación. La parábola del buen samaritano nos obliga a estar muy atentos para no cometer este error (Le 10, 29-37).

Sin embargo, es necesario insistir en la importancia que tienen las prácticas religiosas para alimentar y sostener la fe y la vida cristiana. Es un error separar la oración y la caridad, la eucaristía y el amor a los hermanos, las procesiones y la justicia... Es un error pretender ser cristiano sin dedicar algún tiempo a la oración y a la celebración del culto cristiano. Y no debe ser fácil mantenerse firmes en la caridad, el amor, la misericordia, el perdón, la justicia, sin buscar fuerza en la oración y en la celebración de los sacramentos cristianos. No es fácil ser justos y misericordiosos a la vez, como nos pide el Evangelio de Jesús. Experimentamos bien esta dificultad cuando nos enfrentamos, por ejemplo, al problema del terrorismo. ¿Cuántos cristianos no piden una justicia que suena a venganza?

La celebración de la fe y la participación en la liturgia de la Iglesia es un rasgo irrenunciable del cristiano. Digamos esto de entrada, aunque después tengamos que hacer algunas observaciones. Los sentimientos que no se expresan o no existen o terminan por morir. La fe que no se celebra o no existe o termina por apagarse.

La celebración es un rasgo irrenunciable de la vida, también de la vida civil. Cualquier familia tiene sus momentos de celebración y de fiesta para intensificar y alimentar los sentimientos y los lazos familiares:

celebramos los nacimientos, los bautizos, primeras comuniones, matrimonios, los cumpleaños, los aniversarios... Tenemos reuniones familiares con motivo de la Navidad, de las fiesta patronal, de otro sin fin de ocasiones especiales... Y así se mantienen vivos los lazos familiares. Una familia que no celebra nada acaba por agostarse. Tienen sus celebraciones los grupos de amigos, de compañeros de trabajo, los sindicatos, los partidos políticos, los alumnos y ex-alumnos... Todo el mundo necesita celebrar. Sin celebraciones la vida no tendría sabor ni sentido. La rutina y el trabajo acabarían matando todas nuestras ilusiones.



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

Pues bien, con más motivo hay que decir que la celebración de la fe es un rasgo irrenunciable de la vida cristiana. Por eso, no es fácil entender qué puede significar "un cristiano no practicante".

Una de las razones por las cuales muchos cristianos se han apartado de la Iglesia es precisamente que no encuentran atractivas y significativas las prácticas culturales en los templos. Les aburren el rosario y las novenas. Les aburre la misa y la celebración de los sacramentos. No les encuentran sentido ni ven en ellos algo que se parezca a una "celebración" o a una "fiesta". A lo más que llegan es a disfrutar algunas celebraciones patronales y algunas procesiones populares, en las que no es fácil distinguir lo que hay en ellas de experiencia religiosa y lo que hay en ellas de folklore popular. Esta situación plantea un serio problema a los responsables más directos de la animación de la oración y de la liturgia. Ciertamente, habrá que cambiar muchas cosas o reorientar muchas oraciones y celebraciones litúrgicas para que esos cristianos regresen a la oración comunitaria y a la liturgia eclesial.

A pesar de estas deficiencias del actual culto cristiano, hay que afirmar que la vida cristiana no puede crecer y madurar debidamente sin el respaldo de la oración personal y sin algún tipo de participación en la liturgia cristiana.

Para todo cristiano es esencial la práctica de la oración. La recitación de oraciones y los rezos son importantes, pero no son suficientes. Es preciso recuperar tiempos de silencio, de meditación, de oración personal. Son momentos para meditar en los misterios de nuestra fe, para alimentar nuestra confianza en el Señor en medio de las dificultades de la vida, para buscar lo que el Señor quiere de nosotros. Y es preciso ejercitarse también en la oración comunitaria, en la oración compartida con otros creyentes. Este ejercicio sustenta, anima nuestra esperanza y proporciona ánimo para la práctica de las virtudes cristianas. Hace no muchos días escuchaba a un cristiano decir "mi drama consiste en que me veo obligado a vivir mi fe en solitario, sin comunidad". Por lo menos, él era consciente de este drama. Otros muchos cristianos ni siquiera echan en falta la comunidad. Esto es más preocupante.

Para todo cristiano es también necesario celebrar su fe cristiana en los momentos más importantes y trascendentales de su vida. Este es el sentido de la celebración de los sacramentos. Momento importante de la propia vida es el bautismo, sobre todo si tiene lugar en la vida adulta. Momento importante es la primera comunión como participación plena en la liturgia cristiana. Momento importante es también la confirmación de en la propia fe para adolescentes y jóvenes y para cualquier persona. Momento importante es el de la reconciliación, cuando hemos experimentado en nuestra vida el fracaso moral y el pecado. Momento importante es la celebración del matrimonio como proyecto de vida en pareja y en familia. Y momento importante es también la experiencia de la enfermedad y la vejez, que requiere la oración de la comunidad y la ayuda de la gracia. Celebrar esos momentos de la vida mediante la participación en los sacramentos cristianos es una forma de ir alimentando nuestra fe y de dar sentido cristiano a los momentos más importantes de nuestra vida.

Para todo cristiano es también necesaria la participación habitual en la liturgia cristiana. La participación en la eucaristía dominical no es simplemente un mandamiento de la Iglesia. Es una necesidad para cultivar y alimentar nuestra fe y nuestra vida cristiana. Es el momento del encuentro con los demás creyentes, de la orar y profesar juntos la fe, de escuchar la Palabra de Dios y recibir una catequesis adecuada, es el momento de celebrar



la acción de gracias por los beneficios que recibimos continuamente del Señor, y es también el momento de la reconciliación y de la comunión. Si la eucaristía de cada domingo tuviera este sentido, quizás no la veríamos ya como una obligación pesada que nos impone la Iglesia, sino como una necesidad que sentimos y una experiencia grata que disfrutamos. Para que así sea ciertamente tienen que cambiar las celebraciones, pero también tendremos que cambiar nosotros. ¿Por qué nos cuesta tanto rezar con ánimo, cantar con entusiasmo, participar activamente en las celebraciones?

Estas son las celebraciones y las prácticas religiosas que son esenciales e irrenunciables para todo cristiano, si quiere llegar a una fe y a una vida cristiana maduras y adultas. Esta es la llamada oración oficial y la liturgia oficial de la Iglesia. Las demás prácticas religiosas pueden ayudar a avivar estas celebraciones, pero no deben sustituirlas. Devociones particulares, triduos y novenas, fiestas y procesiones patronales, romerías... son significativas cuando brotan de la fe y son verdaderas expresiones de fe. Estuvo acertado el Concilio al afirmar que todas las prácticas religiosas deben culminar en los sacramentos y, especialmente en la eucaristía, que es el culmen de la liturgia cristiana.

### **5. La práctica de la fe o el seguimiento de Jesús.-**

La mera profesión de fe no agota la totalidad de la experiencia y de la vida cristiana. Pablo insiste en que somos justificados por la fe, como Abraham. "Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo..." (Rm 5, 1) Pero se trata de una fe operativa, que se traduce en obras de justicia. Santiago insiste en que la fe sin obras es una fe muerta: "¿De qué le sirve, hermanos míos, que alguien diga 'Yo tengo fe', si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe?... Así también, la fe, si no tiene obras, está realmente muerta... ¿Tú crees que hay un solo Dios? -añade-. Haces bien. Pero también los demonios lo creen y tiemblan" (Sant 2, 14-19). Por eso, el mismo Santiago afirma: "La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo" (Sant. 1, 27). La verdadera religión cristiana es más que la simple confesión verbal de fe: implica esencialmente la práctica de la caridad y la justicia, sobre todo en relación con los más pobres y necesitados, con los más débiles e indefensos.

Tampoco la simple pertenencia a la Iglesia agota la totalidad de la experiencia y de la vida cristiana. La Iglesia es camino de salvación, pero pertenecer a la comunidad de los seguidores de Jesús es mucho más que estar registrado en los archivos parroquiales. Ya Jesús lo advierte con fuerza en su predicación al pueblo de Israel. Les advierte que no se fíen del simple hecho de pertenecer al pueblo elegido, que no abusen de la elección gratuita de que han sido objeto, pues los gentiles de Oriente y Occidente vendrán y arrebatarán el Reino a los elegidos (Mt 8, 11-12). La pertenencia a la Iglesia, a la comunidad de los seguidores de Jesús, lleva consigo los compromisos, las renunciaciones, las exigencias del seguimiento de Jesús. ¿Pertenece verdaderamente a la comunidad de seguidores de Jesús cuando, por ejemplo, no somos capaces de practicar el perdón a los enemigos?

Ni siquiera la oración, el culto, la práctica religiosa agota la totalidad de la experiencia y de la vida cristiana. Ya los profetas del Antiguo Testamento habían advertido al pueblo sobre el peligro de creer que la participación en el culto es suficiente para agradar a Dios. E insistían que el culto es una burla cuando va acompañado por el desprecio a los



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

humildes, el abandono de los pobres y toda clase de injusticias. Jesús hace denuncias muy similares en los evangelios. E insiste con toda firmeza: "No todo el que me diga 'Señor, Señor' entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 7, 21). Y a los fariseos les recuerda con insistencia la prioridad de la misericordia sobre cualquier otra obligación o práctica religiosa. "Si hubierais comprendido lo que significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificios..." (Mt 12,7).

Por consiguiente, si la confesión de fe, la pertenencia a la comunidad cristiana y la celebración de la fe o la práctica cultural son rasgos irrenunciables del cristiano hoy, lo es con mucha más razón el seguimiento o la imitación de Cristo, la práctica de la vida cristiana o la vida al estilo de Jesús.

¿En qué consiste esta práctica de la vida cristiana? Responder a esta pregunta exigiría un curso sin límite de tiempo sobre todo lo que implica el ser cristiano. No intentaremos una respuesta exhaustiva a tan trascendental pregunta -el tiempo que se nos ha concedido es limitado-, pero permítanme señalar algunos compromisos esenciales e ineludibles de toda vida cristiana, de toda vida que pretenda mantener el espíritu, la inspiración y el estilo de Jesús.

Los catecismos clásicos e incluso el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica concentran las obligaciones de la vida cristiana en los diez mandamientos. Ciertamente, el decálogo no es exclusivo de la religión cristiana. Lo heredamos de la religión de Israel y está presente, de una forma u otra, en la mayoría de las religiones. Pero sin duda que resume bien, cuando es bien interpretado, las obligaciones esenciales de la vida cristiana. Es un buen sumario de la moral cristiana, de todo lo que podemos llamar la práctica de la fe cristiana, de las exigencias que lleva consigo el seguimiento de Jesús.

Con respecto a los diez mandamientos, los evangelios de Jesús nos ofrecen un dato interesante. Cuando los fariseos preguntan a Jesús cuál es el primero y principal de los mandamientos, por consiguiente, la esencia del decálogo, él contesta reduciendo los diez mandamientos a dos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a este:

Amarás al prójimo como a ti mismo" (Mt 22, 37-40). Este dato tiene suma importancia, puesto que nos enfrenta con el rasgo irrenunciable de la vida cristiana, e incluso de toda vida verdaderamente humana. Y este rasgo es el amor. "Al atardecer de la vida, me examinarán de amor". "Sólo el amor es digno de fe" (H. Urs von Baltasar). Sólo el amor nos hace verdaderamente cristianos, seguidores de Jesús. Con frecuencia deberíamos meditar la escena de la mujer que fue perdonada por Jesús simplemente porque "ha mostrado mucho amor" (Le 7, 47) o la parábola del juicio final en el evangelio de Mateo (Mt 25, 31-46). Si falta el amor, ni la confesión de fe, ni la pertenencia a la Iglesia, ni la oración y el culto hacen de nosotros cristianos. Hemos fracasado en nuestro intento de ser cristianos.

El primer mandamiento es simple en su formulación: amar a Dios sobre todas las cosas. Pero es sumamente exigente. Es más que un mero sentimiento piadoso. Formula todo un programa de vida. Denuncia toda idolatría. Y exige del cristiano poner la voluntad de Dios por encima de cualquier interés que camine en otra dirección. Esto tiene hoy implicaciones muy prácticas. Una persona que se dice Cristina no puede olvidar a Dios y sus mandamientos para acumular dinero y riquezas o para hacer prosperar su negocio sin





## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

ningún criterio ético, para buscar el placer de forma egoísta y sin tener en cuenta a los demás e incluso abusando de ellos, para quedar bien y mantener la imagen a base de la mentira, para otro sin fin de objetivos que nos seducen en la vida. Estos propósitos hacen que muchas veces traicionemos nuestra conciencia, que dejemos de lado los mandamientos de Dios, que se nos olvide completamente el evangelio. ¿Qué tiene que ver este amar a Dios sobre todas las cosas con la cultura actual de la corrupción y la injusticia, con la cultura del "pelotazo", con la normalidad de la mentira y el engaño, con la competencia feroz y desleal de nuestra sociedad, incluso con el consumismo que se va apoderando de nosotros? Una pregunta para pensar: ¿Ha aumentado nuestra felicidad a medida que hemos puesto otras cosas por delante de Dios?

No es fácil verificar si de verdad cumplimos con el primer mandamiento o no, si amamos a Dios sobre todas las cosas. Pero sí hay un criterio seguro. Los evangelios, las cartas de Pablo y sobre todo las cartas de Juan insisten en él: el amor a Dios se mide por el amor a los hermanos. Aquí está la esencia de la vida cristiana. Esta es la clave para analizar si verdaderamente se dan en nosotros los rasgos irrenunciables del cristiano hoy y siempre. Hemos aludido ya a la parábola del juicio final en el evangelio de Mateo: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de esos mis hermanos pequeños a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40). Y debemos recordar la parábola del buen samaritano sobre quién es el verdadero prójimo (Le 10, 29-37). O el mandamiento nuevo del evangelio de Juan: "amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 13, 34). Y, sobre todo, las severas advertencias de las cartas de San Juan: "Si algunos posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad" (1 Jn 3, 17-18).

¿Qué obras implica, por consiguiente, el amor a Dios y el amor al prójimo? Pues en ellas se cifra la entraña, la sustancia, la esencia de la vida cristiana.

En primer lugar, la caridad, que, como dice Pablo, es el resumen de la perfección cristiana (Col 3, 14). Quizá es este el momento de recuperar la importancia que las obras de misericordia tuvieron para nuestros mayores. No es bueno reducir la caridad a la simple limosna esporádica que damos de mala gana para librarnos de los mendigos que nos resultan molestos en la calle o en la puerta de nuestras casas. La caridad es mucho más, y, sobre todo, tiene otras motivaciones. Visitar al enfermo, vestir al desnudo, consolar al triste, hospedar al emigrante, dar buen consejo al que lo ha menester... Todo estos son gestos esenciales de la caridad cristiana, y a la vez son gestos de profunda humanidad. Si faltan en nuestra vida no somos ni verdaderamente cristianos ni siquiera verdaderamente humanos.

La caridad cristiana se expresó siempre en un profundo y preferencial amor a los pobres, a los débiles, a los necesitados. El amor a los pobres, la defensa de los pobres, la solidaridad con ellos es un rasgo esencial de la Iglesia de Jesucristo, de las comunidades cristianas, de todos nosotros hoy. Ellos son el principal sacramento de Cristo. No es compatible con el evangelio de Jesús desentenderse de ellos, y menos aún despreciarlos e incluso tratarlos como si fueran delincuentes. Con frecuencia se oye decir que ellos son los culpables de su pobreza porque no trabajan, porque son holgazanes, porque son irresponsables, porque son unos picaros... Jesús nunca utilizó estos argumentos para librarse de ellos, y supongo que los pobres de entonces eran más o menos como los de



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

ahora. Bastaba que fueran pobres para que se convirtieran en sus preferidos. Quizá está aquí el principal desafío para la vida cristiana.

Y la caridad cristiana se expresa en el perdón a los pecadores, especialmente en el perdón a los enemigos. Junto con los pobres, los pecadores son el otro grupo de personas preferido por Jesús. Esto marca la diferencia de la vida cristiana. "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los paganos?" (Mt 5, 44-47). Yo creo que este es un desafío pendiente para muchos cristianos, pues con frecuencia se pretende ser cristiano sin practicar el perdón a los enemigos o simplemente a los que nos han ofendido. ¿Qué valor puede tener la confesión de fe, la oración, el culto, si no están respaldados por la práctica del perdón? "Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano, luego vuelve y presentas tu ofrenda" (Mt 5, 23-24).

Y la justicia. También es un rasgo esencial e irrenunciable de la práctica cristiana. No es acorde con la vida cristiana dar limosna a un empleado o empleada y negarle el salario justo. No podemos utilizar la caridad para eludir la obligación de la justicia. Pablo IV llegó a decir que el nombre de la caridad hoy es "justicia". Y podemos añadir que la caridad sólo es auténtica cuando se construye sobre la justicia.

La justicia abarca todos los aspectos de nuestra vida. La justicia nos exige que seamos honestos en los negocios y en los precios, que seamos fieles a nuestras responsabilidades laborales, profesionales y familiares, que seamos justos y respetemos la dignidad y los derechos humanos de todas las personas en todo momento, que respetemos la verdad en nuestras palabras y en nuestros gestos, que nuestros juicios y nuestras conversaciones se ajusten a la verdad, que seamos nobles y leales en nuestra relación con los amigos, los vecinos, los compañeros de trabajo... Todos estos aspectos de nuestra vida no son ajenos a nuestra fe cristiana. Deben estar también inspirados por criterios cristianos.

Y nuestra fe cristiana exige también de nosotros un compromiso firme en la lucha por la justicia y los derechos humanos. Este es un compromiso urgente en el mundo actual. No debemos cerrarnos sobre nosotros mismos, sobre nuestra familia, sobre nuestro pequeño mundo... y desentendernos del resto de la humanidad. La lucha por la justicia y los derechos humanos no es asunto solamente de líderes políticos o de personas aficionadas a la política. Es asunto de todo ciudadano, pero especialmente de aquellos que decimos profesar la fe cristiana y aceptar el Evangelio de Jesucristo. Por eso, una obligación de todo cristiano es participar, en la medida de sus posibilidades, en aquellos proyectos y programas destinados a luchar contra la injusticia y a defender los derechos humanos de cualquier persona o cualquier grupo de personas. Sólo un ejemplo: ¿Puede un cristiano desentenderse hoy de la penosa situación que padecen los emigrantes en nuestro país? ¿Puede una persona ser cristiana y al mismo tiempo mantener actitudes de xenofobia? ¿Es compatible la vida cristiana con la discriminación de los pobres, de los desempleados, de los negros, de las mujeres, de los drogadictos....? ¿Es posible ser cristiano y no preocuparse de la lucha por la justicia y los derechos humanos?



Pero la justicia mal entendida puede convertirse en un camino hacia la venganza. Por eso. Jesús no nos permite aceptar el viejo principio de "ojo por ojo y diente por diente" (Mt 5, 38). La justicia sólo es verdaderamente cristiana cuando va acompañada y está sazonada con la compasión. No es fácil armonizar la justicia y la compasión, pero es absolutamente necesario para una vida verdaderamente cristiana. Varias de las parábolas de Jesús apuntan en esta dirección: la misma parábola del hijo pródigo (Le 15, 11-32), o la de los obreros contratados para la viña a distintas horas del día (Mt 20, 1 -16), o la de aquel siervo sin entrañas (Mt 18, 23-35)... y muchas más. Todas ellas añaden a la justicia la compasión, para que la justicia no sea vengativa y destructiva. Para ser compasivo y misericordioso se requiere más fortaleza que para ser solamente justo. Por eso a veces nos cuesta tanto perdonar a los que han cometido un delito, o dar generosamente a quienes consideramos privados de méritos. Entre los cristianos hay aún demasiada intolerancia, demasiadas actitudes justicieras... y hasta se asoma no pocas veces la venganza, por lo menos inconsciente. Son actitudes incompatibles con aquella actitud de Jesús que siempre condena el pecado, pero siempre se propone salvar al pecador.

Hoy se habla mucho de solidaridad, palabra hasta difícil de pronunciar, pero muy importante en la moral cristiana. La solidaridad nos exige hacernos cargos de la dignidad y de las necesidades de todos los seres humanos, especialmente de los más necesitados. La justicia nos exige darles al menos lo que les debemos por ley. La solidaridad nos obliga a darles lo que está en nuestra mano y lo que ellos necesitan para vivir con dignidad. Así entendida, la solidaridad no es ya una opción libre, sino una verdadera obligación moral, como lo muestra la parábola del buen samaritano. Estemos obligados o no por la ley a atender al herido del camino, individuo, grupo o pueblo, estamos obligados por solidaridad o, si quieren, por caridad y justicia cristiana. Quien ha caminado entre la pobreza de los países del tercer mundo o conoce la pobreza de nuestro cuarto mundo, sabe bien que sólo cumplimos con los deberes de la caridad y de la justicia, cuando somos solidarios con las víctimas de la injusticia estructural. Cuando nos hacemos cargo también de aquellas víctimas que no han sido objeto directo de nuestras injusticias personales. La solidaridad nos une a todos los seres humanos.

Hoy abundan las organizaciones, los voluntariados, los grupos que juntan a creyentes y no creyentes para luchar en causas tan humanas y tan evangélicas como son la defensa de la vida y la libertad, de los derechos humanos, de la justicia y la paz, la defensa de los pobres y excluidos, las mujeres, los sin techo, los emigrantes, los desempleados... y otros tantos colectivos golpeados y olvidados por la sociedad actual. ¿No debemos participar más activamente los cristianos en estas organizaciones? ¿No debemos estar más comprometidos en esas causas, en nombre de la caridad y de la justicia que nos exigen la fe y la vida cristiana? ¿No forman parte esos compromisos del seguimiento y la imitación de Cristo?

### **6. Conclusión.**

Al terminar estas reflexiones podemos sacar la conclusión de que esos niveles de vida cristiana son inalcanzables. O alguien puede preguntarse: Quien falla en alguno de esos rasgos irrenunciables, ¿ya no ha de ser considerado cristiano? Y la experiencia nos dice que con frecuencia se nos debilita la fe, que nuestra pertenencia a la Iglesia es frágil, que falla nuestra oración y nuestra participación en el culto, y, sobre todo, que fracasamos



## Parroquia Ntra. Sra. de Atocha

---

### *Publicaciones*

---

muchas veces en el amor a Dios y al prójimo, en la caridad y la misericordia, en la justicia y la compasión. ¿Debe ser este un motivo de abandono y desesperanza?

Estas preguntas merecen dos observaciones conclusivas.

La primera es del siguiente tono: El hecho es que somos frágiles y a veces fracasamos en estos rasgos irrenunciables de la vida cristiana. El pecado es una posibilidad y un hecho en nuestras vidas a pesar de nuestra fe en Jesucristo y de nuestra seria decisión de seguirle. Esto no nos quita el derecho a llamarnos cristianos. Jesús contempla esta posibilidad en sus discípulos y les perdona, como podemos observar en las escenas de resurrección. Pero el evangelio denuncia con fuerza a aquellos "fariseos" que se empeñan en no reconocer el propio pecado y, por consiguiente, se mantienen pertinaces en él. Incluso llegan a defender su propio pecado, terminando por llamar al mal bien. Esto es algo así como el pecado contra el Espíritu Santo: negarse a reconocer el pecado y, por consiguiente, negarse a aceptar la necesidad del perdón y el hecho mismo del perdón. Comenzaríamos a situarnos en la parte de fuera del cristianismo, si pretendiéramos ser cristianos sin esos cuatro rasgos irrenunciables que acabamos de analizar. Entonces comenzaríamos a confundir la vida cristiana con cualquier cosa.

Y la segunda reflexión conclusiva es del siguiente tono: el cristiano no sólo necesita perdonar a los enemigos; él mismo necesita ser perdonado permanentemente en su vida. Necesita ser perdonado de sus miedos y de sus debilidades de fe, de su escasa participación en la vida de la Iglesia, de su tibieza en la oración y en el culto, de sus lagunas en la caridad, en la justicia, en la compasión, en el perdón a los enemigos. Y, por consiguiente, necesita estar en estado permanente de conversión. Necesita perdonarse a sí mismo, hacerse perdonar de los demás y de la misma comunidad, y aceptar agradecido el perdón de Dios, que nos ha reconciliado en Cristo y nos ofrece su perdón siempre y gratuitamente. Por eso Pablo se dirigía con toda solemnidad a los cristianos de Corinto: "Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. En nombre de Cristo os suplicamos: Dejaos reconciliar con Dios" (2 Co 5, 19-20). Es un buen programa para iniciar el proceso cuaresmal de la conversión y la reconciliación.

*Felicísimo Martínez Díez, O.P.*